



NUM. 88

BARCELONA, 12 ENERO 1901

25 CENTS.

Ayuntamiento de Madrid

## ARTISTAS MODERNOS

RICCIARDO MEACCI

El adagio de que nadie es profeta en su patria tiene cumplida confirmación en el caso del pintor italiano Ricciardo Meacci. Apenas si sus convecinos de Florencia tienen noticia de su existencia, lo cual no impide que sus obras sean constantemente solicitadas por muchas familias reales de Europa y los aficionados americanos.



EL BAUTIZO, por Ricciardo Meacci (propiedad del gran duque de Hesse Darmstadt)

Meacci se ha ejercitado en el temple, el lápiz, la acuarela y el óleo. Como ya es de suponer está profundamente versado en mitología y en toda suerte de tradiciones, empleando estos conocimientos, bajo distintas formas, en sus obras. La Reina Victoria es una de las más entusiásticas admiradoras de nuestro autor, al cual encarga á menudo d6 forma pict6rica á sus bocetos.

Ricciardo Meacci es natural de Siena, y tuvo por maestro al profesor Musini, de cuyo taller han salido muchos de los más eminentes pintores y escultores italianos contemporáneos. Cuando el joven abandonó á su maestro trabajó denodadamente por abrirse paso, y tuvo la suerte de relacionarse con el ilustre crítico inglés, Murray, que le inbuyó la idea de pintar á estilo de los artistas medievales, por los cuales, precisamente, sentía la mayor admiración. Diose, pues, á estudiar las obras de los *quattrocentisti* y á inquirir de que medios se habian valido para alcanzar sus resultados. No tardó en dominar la cuestión y en breve alcanzó un lugar eminente en tal sentido. De ahí que en la obra de Meacci no se advierta la menor influencia contemporánea. Para él no existen el realismo, el *plein air* y todos los demás principios modernos. Muchas de sus pinturas tienen por asunto temas religiosos, con destino á iglesias, tripticos, retablos, etc. El autor ha hallado en sí mismo todo el ingenuo sentimiento religioso, casi inconsciente, de sus amados maestros: su imaginación, de verdadero tipo medieval, tiende espontáneamente á la alegoría y de ahí que sean alegóricas las escenas en que representa la vida humana, con sus vicios, pasiones ó virtudes.

Nadie le gana en extrañeza al oír que se le alaba y protesta siempre de no ser más que un simple plagiario, que toma una cara del uno, un rayo de luz del otro, la caída de un pliegue de un ropaje amarillo del de más allá. Esto último figura siempre casi indefectiblemente en todos sus cuadros.

JULIO L. CARRIÓN

# Las Almas Solitarias



Ella iba delante apresurando el paso, y callaban los dos. Dirigíanse con impetu seguro hacia la más alta cúspide. Contemplaban extáticos el mar, que cambiaba momentáneamente su color, fijando siempre un matiz verde indefinible; en el cielo se desvanecían las nubes y el agua perdía entonces toda materialidad; llegaba solamente hasta los caminantes su rumor sordo, como signo de grandeza.

Divisábanse á la parte opuesta de la colina, infinidad de arbustos, altos y derechos, que surgían inmóviles hacia el cielo con santidad, con firmeza.

Los soplos raros apenas si bastaban á deshojar en los rosales próximos alguna rosa marchita.

Los dos caminantes, las dos almas solitarias, dirigíanse con paso lento á la elevada cúspide, sintiendo en su interior el soplo de una nueva vida, que les llevaba en ondas el aire que emanaba de aquellas inmensas aguas.

—¿Oyes?—le dijo ella, y pronunció esa frase impulsada por aquella música que le llegaba al alma.

Y el amante seguía todos los acentos, todos los actos y todos los movimientos, todas las modulaciones y los cambios de voz que en ella se producían, y lo hacía con tal intensidad, que lo demás parecía no existir para él.

Nada escapaba á la mirada escrutadora de aquellas dos almas. Llegaron al término de la cuesta, y de nuevo les invadió la nostalgia lánguida de las sombras, del silencio seductor que todo lo envolvía, del refugio cercado, donde podían abrirse las más delicadas emanaciones, los pensamientos más sutiles. Y él descubría una violenta agitación humana entre la dulce riqueza de la tierra y la imposible belleza del mar que escogía para su amor.

Por primera vez, sentían, en aquel gran desierto de la vida, en el lugar inmenso y solitario, una repulsión directa á la visión de aquella carne miserable, llena de instintos y de dolores bestiales, encorvada y sudurosa, ó agazapada en el fondo de los tugurios.

El crepúsculo vespertino se anunció.

Un cielo puro y transparente bañaba con su matiz todas las apariencias terrestres y parecía disminuir totalmente las manifestaciones más insignificantes de la materialidad. El mar se extendía, y allá, en sus inmensidades, flotaban imágenes vaporosas.

Las variadas formas vegetales, distintas de cerea, perdían poco á poco en la degradación sus contornos, como si se evaporasen ó estuviesen próximas á confundirse en una sola forma inmensa, confusa y respirante, con una sola nota, con un roló rítmico aliento.

Los dos amantes sentían en su interior una transición instantánea de un estado de la conciencia á otro.

Pero ¿era aquella la vida nueva á que aspiraban? ¿No era quizás el sueño? De repente se dijo él:

—El uno es la sombra del otro. Donde existe la vida, existe el sueño; donde existe el sueño, existe la vida.



Una irradiación sublime, un paréntesis entre la vigilia y el sueño. Notaba en el estado habitual de su conciencia, y casi le daba la imagen de la mutación instantánea. Estaba recubierta por una superficie opaca, que parecía poner ante la realidad experimental una especie de diafragma.

A la claridad de la luna, divisábase á pocos pasos una viña, exuberante de vida y silenciosa. Los goteantes pámpanos, dáfanos á la plateada luz, parecían enviarles una dulce sonrisa.

Interrumpióse el silencio, y el amante le dijo á ella con sincera emoción:

—Tú fecundas mi espíritu. Siento tan fuerte mi vida interna en este momento, junto á ti, que me desagrada el sonido de mi propia voz. Mientras tú te mueves, mientras hablas, yo asisto á una sucesión de prodigios. Sujetas en mi espíritu la remembranza de una vida que yo no he vivido jamás. ¿Qué son vida mía, las operaciones de mi organismo, las manifestaciones externas de mi existencia corporal? ¿Qué son comparándolas con los efluvios del aire vivificador que tú me comunicas?

El hablaba con lentitud, mirando fijamente á ella, extasiado ante su rostro esplendente de ondina, extraordinariamente luminoso y coronado por sus cabellos que aparecían en guedejas más negras y profundas que la noche. Y la amante se realzaba á una función espiritual, proclamándose creadora de una vida superior. A veces pasaba por la sumidad de las encinas una ráfaga, y por el gris de los olivos pasaba alguna onda de plata. La respiración les nutría y la bondad del aire les penetraba por todos los poros; sentían una exhumación en sus espíritus que impedía la percepción del mundo exterior, con el cual estaban unidos por una ligera capa periférica. La desoladora certidumbre de la realidad de la vida les hacía sentir la profunda turbación de las almas juveniles.

Permanecían silenciosos, extáticos; sus pupilas se dilataban al contemplar el espectáculo de los lugares solitarios y grandiosos. Creían reconocer en el aspecto del mar y el aspecto del monte, un sentimiento exteriorizado que se unía á su propio sentimiento. Del cielo descendía un ambiente de calma á manera de eterno oasis de paz, y del inmenso mar emanaba una respiración sonora que penetraba á través de la carne. Misteriosa, la sinfonía crepuscular se desenvolvía lentamente. Los errantes soplos de una inconsciente brisa levantaban y empujaban las ondas aquí y allá.

Las dos almas solitarias experimentaron en su interior una transfiguración simultánea, alcanzando en aquellos inmensos lugares un círculo de existencia superior.

Dos lágrimas chispearon en las pupilas de la tierna amante. Permaneció muda unos instantes, como si quisiera recoger un presagio en la palpitación de la nueva vida que sentía germinar en su interior.

Después exclamó con dulce acento:


—Soy tuya, toda tuya: te amo, ¡oh! sí, te amo; siento que vive dentro de mi ser interno un nuevo amor, un amor grande y profundo. Me has transformado, me has hecho otra; me has dado nuevos sentidos, me has hecho concebir un alma grande y una nueva inteligencia; soy tu obra, la obra de tu vida. Puedes aspirar con fuerza mi aliento; puedes embriagarte en mí como un pensamiento tuyo, puedes llamarme un nuevo nombre.

Y él la llamó: «¡Vida!» Las dos almas latieron á la vez y celebraron en la inmensidad de aquellos lugares, su comunión suprema, teniendo bajo sus pies la ciudad aletargada, casi muerta. La luna sonreía allá en el cielo á manera de una gran rosa que se entreabre, y el mar llevaba en ondas el hábito perfumado de aquellos dos espíritus, esparciendo su obra á través de los ignotos mundos.


CARLOS JUÑER VIDAL



# LA PAZ Y LA GUERRA



I  
Las flores en los jardines  
abren sus corolas bellas:  
azul el cielo se mira  
verdes los campos se ostentan:  
los pajaros en los bosques  
dan al aire sus andechas:  
traza el labriego tranquilo  
el hondo surco en la tierra.  
Cruza el tren climas remotos:  
el arroyo serpentea  
cristalino entre los márgenes  
limpias de profanas huellas.  
Los mozos y las muchachas  
hablan de amor en las rejas.  
Hay risas en los hogares,  
en calles y plazas fiestas.  
La campana, allá en la torre,  
para la oración resuena.  
Todo es amor y alegría...  
¡Es que la paz allí reina.



II  
Aparecen arrasados  
jardines, campos y huertas.  
Sordo estampido retumba  
y el callado espacio atruena.  
Siniestras nubes de humo  
el azul de cielo velan  
Cerradas están las cascas,  
y las campañas desiertas.  
Rojas manchas por los ríos  
flotan entre sombras negras.  
En las ventanas no hay flores  
ni palabras de amor tiernas:  
en los hogares hay lágrimas,  
en los templos no se reza,  
escuchándose en algunos  
como en las salas benéficas,  
los aves del moribundo  
y del herido las quejas.  
Todo es destrucción y muerte...  
¡Es que allí impera la guerra!

III  
¿Qué destino tan infame  
de esta humanidad tan ciega!  
Bajo la paz bienhechora  
vive, adelanta y progresa:  
y como si el bien tranquilo  
un don despreciable fuera,  
por los feroces combates  
tan rico tesoro deja.  
¡Pobre humanidad ilusa!  
¿Cuándo tendrás por maestra,  
para dirigir tus pasos,  
a la sensata experiencia?  
Ya hay que perder la esperanza  
de que te enmiendes y aprendas.  
Sin embargo, no es posible,  
que ante tan tristes escenas,  
permanezca mudo el vate,  
y este grito no profiera.  
—¡Bendita sea la paz!  
¡Maldita sea la guerra!

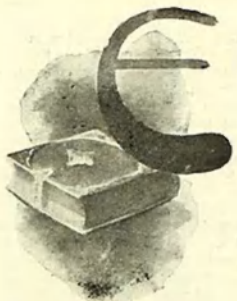
FRANCISCO COBES



EL REGRESO



## EL LIBRO CERRADO



raincomprensible la indiferencia en que vivían aquellas dos personas que algunos años antes se habían unido con el lazo indisoluble del matrimonio, inspirado por el más veladamente de los amores. Algunas veces ante los ojos de personas extrañas, María

y Luis parecían una de esas parejas felices que causan envidia; otras se creería eran solo dos amigos de confianza bastante para tutearse, pero no para dejar de ser ceremoniosos y etiqueteros en su mutuo trato: si se les hubiese preguntado si se querían, la contestación hubiera sido afirmativa; pero si se tratase de averiguar si se amaban, casi nos atrevemos á asegurar que no.

Luis no era un hombre vulgar; su educación, sus modales, y la más que mediana instrucción que poseía, le hacían agradable á todos; se le respetaba en todas partes por su caballería irrepachable; se tenía la certeza de que sería capaz de guardar un secreto, pero nadie se lo había confiado. ¿Por qué? Vamos por partes.

Para ser querido y respetado de los demás, hasta con observar una conducta digna de aprecio. Para servir de confidente, para proporcionar un consuelo ó pedir un consejo, es necesario saber inspirar confianza; Luis no la inspiraba nunca, porque tampoco la tenía con nadie, ni aun con su misma esposa á quien enteraba muy poco ó nada de sus asuntos y menos aun de sus sentimientos íntimos.

María era alegre, comunicativa y buena.

Verla una vez, hablarla, era encontrar una amiga del alma que comprendía la situación moral de quien le hablaba: entonces ella sin necesidad de que los otros diesen un paso para depositar su confianza, se adelantaba, siendo la primera en expresar sus sentimientos que eran como una orden terminante, una atracción inevitable, ejercida en el

ánimo de quien la escuchaba, y que daban por resultado las más veces, el principio de una amistad íntima, franca y desinteresada.

No era sólo este el contraste entre los caracteres del matrimonio: existía otro muy digno de tenerse en cuenta.

Luis no tenía aspiraciones ó al menos no las demostraba; contentábase con su modesto sueldo, y lo mismo un año que otro veía correr el tiempo con indiferencia, sin hacer un esfuerzo para procurar un modesto porvenir á sus hijos ni á su esposa. María encerraba en su corazón una inmensidad de deseos é ilusiones para la felicidad de sus hijos y de su marido.

Desde los primeros años de su matrimonio, la indiferencia que Luis mostraba á todo y por todo, fué como un aguijón que hirió el corazón de María, haciéndola comprender que Luis no la amaba puesto que no deseaba nada para ella, cuando estaba enferma, la cuidaba con exagerada escrupulosidad, pero con la misma ó parecida solicitud de un autómatas. Su marido no tenía ninguno de esos defectos

grandes que la familia oculta por vergüenza, y la sociedad condena por repugnancia; pero en el hombre pueden existir multitud de pequeños defectos que aislados no se ven, y que en grupo nublan el

la vista como nublan el sol esas bandadas de insectos



quedecuan do en cuan-

do talan los cam-

pos. Un día Luis,

dijo á su esposa que jamás

había sabido comprenderle.

que no había sabido nunca leer en su corazón. María lloró en silencio aquel reproche, y desde entonces veía por todas partes corazones en forma de

libros, ó libros en forma de corazones; con esa sagacidad de mujer, con el deseo de esposa que cumple con sus deberes, trató de encaminar sus esfuerzos á un solo objeto, y éste fué el de aprender á leer las páginas escritas en el corazón de su marido. ¡Inútil porfía! No eran páginas sueltas, sino todo un libro, lo que había que descifrar, y un libro con fortísima y espesa cubierta, encuadrado en tafilete, y con broches de diferentes é ingeniosos cierres. Pasó el tiempo: María creyó una vez haber sorprendido el mecanismo de aquella particular cerradura, intentó separar las tapas del libro, y al entrecabirle una alegría inmensa se apoderó de todo su ser. Por fin, la primera página se presentaba á sus ojos, iba á leer, iba á estudiar el corazón de su marido y este hombre insensible variaría de carácter, de expresión... de todo. Con avidez indescriptible pasó la mirada sobre aquellos signos, pero ¡horror! El libro estaba escrito en un idioma completamente desconocido para ella. ¡María jamás sin previo aprendizaje podría comprender una sola letra! ¿Y quién sería capaz de enseñarle aquel idioma? Solo su marido. Luis notó pronto el cambio que su mujer sufrió en poco tiempo: abandonó el estudio por el que era apasionada, cerró los volúmenes comprados en las librerías, y se persuadió de que su misión única, exclusiva, era estudiar un solo libro.



A veces creía haber descifrado unas cuantas sílabas de las primeras palabras; quería continuar, pero aquel *corazón libro* se cerraba precipitadamente con sus broches, y María tenía que volver á empezar.

—¿Por qué te cierras libro querido? No comprendes que en el sendero de la vida mi afán en leerle y tu persistencia en cerrarte, pudieran hacer que fatigada mi voluntad, triste mi alma, llegase un día en que leyese yo con avidez el primer libro abierto que hallase á mano?

Luis contestó con indiferencia extendiendo la mano y se-

ñalando la puerta:

—Entonces por ahí se va á la calle.

¡Qué injusticia! ¡El era quien empujaba á su esposa en el borde mismo del precipicio insondable que se llama *primera falta*, y si la infeliz cayese la castigaría arrojándola de su casa!

El hombre aprende sus derechos que le hacen dueño y no los olvida jamás, por eso exige que la mujer estudie su corazón; pero es tan egoísta, que no repara en que él tiene el deber de hacerse comprensible, para merecer ser respetado. El *deber* es la relación mutua que se establece entre acreedor y deudor, es el padre del derecho y por eso anterior á él: á los salvajes se les enseñan primero sus *deberes* y luego se les dan sus *derechos*.

Y entre las naciones civilizadas, los que mejor entienden y cumplen con sus *deberes* más pueden exigir, más derechos tienen. Proviene de esto, el que el placer que proporciona la tranquilidad del espíritu, sea anterior á la satisfacción de mandar en los demás. María contestó:

—Sí, Luis, tienes razón, por ahí se va á la calle y por la calle se va al cementerio. Allí hay algunos cadáveres menos insensibles que muchos vivos, puesto que tienen aun su libro abierto; en ellos leería yo, porque sé que los corazones que latén, cuando son leídos por una esposa aghena, llevan por epígrafe la palabra *adúltera* y el adulterio tal vez sea la única falta no redimida en el árbol santo de la cruz.

Un año después María expiraba en los brazos de Luis que la decía:

—¡Lee esposa mía; el libro de mi corazón estará siempre abierto para ti; yo te enseñaré á leerle; vive, vive, yo tendré expresión, yo tendré aspiraciones y amor para ti; pero no me abandones que presiento el castigo que me espera: Dios va á dejarme solo con las tapas y el broche del libro, y vas á llevarte tú todas mis páginas para seguir estudiándolas lejos de mí; ¡Hasta hoy teniéndole quise aparentar que no tenía corazón; desde que me dejes, sin tenerle, me verá obligado á ¡llorar que le tengo!

Era tarde. Un soplo ténue y ligero se desprendió de aquellos labios que la muerte cerró sin broche, sin candado, sin mano; pero con la misma indiferencia que Luis había tenido cerrado su corazón.

ISABEL APARICIO



# Un Dentista



1 Aquí está el  
remedio.



2 —¿Cuál le duele  
á usted?  
—Esta.



3 —Ved-  
mosla.



4 ¡Fuera!



5 —¡Bárbaro! Me ha sacado  
usted la buena.



6 —¡Y ahora!  
—Repetiremos la operación.

## LA GUERRA ANGLO-BOER.—LA BEIRA AFRICANA

Magníficas colonias posee Portugal en Africa; al NO. de este continente las islas Azores y Madera; al O. las de Cabo Verde, las Bissagos y algunos establecimientos en las desembocaduras de los ríos del litoral vecino, y en la costa de la Guinea Septentrional el litoral entre las colonias francesas de Popo y Porto Novo; en la costa de la Guinea Meridional un fragmento del litoral al Sur del Chilongo; después el vasto territorio comprendido entre el Atlántico al O. y la izquierda del río Congo desde los 5° a los 17° latitud S. y en la costa oriental todo el litoral de la bahía Delagoa, hasta Cabo Delgado, remontando el Zambeze hasta mas allá de Zumbo (28° long. E. de París), comprendiendo los territorios de Sofala, Senne, Teté, Quilimane, Mozambique y la mayor parte del Manica.

Dicha bahía, en la costa SE. del Africa, recibe en su seno tres ríos: el Incomati, el Umbetori y el Maputo. Su entrada está cerrada en parte por la península y el islote de Inyack, y tiene 25 kilómetros de anchura por 35 de profundidad (en el sentido de penetración en tierra). En su fondo se halla el puerto de Lourenço Marquez, (nombre del fundador de esta colonia, en 1515). *Delagoa* es corrupción de *Bahía da Lagoa* (Bahía de la Laguna).

La provincia de la bahía Delagoa comprendida entre el Limpopo al N. y la Zululandia al S. y lindante con el NE. del Transvaal se



CONSTRUCCIÓN DE UNA PLANCHA PARA DESCENDIMIENTO DE CABALLOS



DESCENDIMIENTO DE CABALLOS EN LA PLAYA

llama la Beira, y por ella pasan... y repasan los ingleses como Pedro por su calle, sin que á la verdad les sirva de gran cosa tantas facilidades. Ni Inglaterra, ¡¡¡ NI CIEN INGLATERRAS!!! son capaces de triunfar de los boers. Si Bismarck reconocía que él y Cavour eran niños de teta comparados con Kruger, los Buller, White, Roberts, Kitcheners,

Frenchs, Gatacres y Methuenes, son unos bolos comparados con Botha, Steijn, De Wet, Delarey y demás Davides, Milcides, Cimones, Temistocles, Alejandro, Césares y Napoleones, si es que estos señores les llegaban á la suela de los zapatos á los jefes boers, incomparables en todo admiración del mundo, tan prodigiosamente valerosos y honrados que hay para preguntarse si el *super-hombre* soñado por Nietzsche no es acaso el boer.

Raza fuerte, probada en el combate, avzada á la lucha sin tregua, hereditaria de las admirables cunidades de aquellos *gueuses* contra quienes se estrellaron nuestros tercios y de aquellos indomables colonos del Cabo que prefirieron vivir en el desierto antes que someterse á la ley del



MUELLE DE DESCENDIMIENTO CERCA DEL PUENTE DE LA ADUANA.—BARCOS DE LA COMPAÑÍA DE MOZAMBIQUE

inglés; batallando de continuo contra las salvajes tribus cuyos territorios ocuparon y las no menos feroces de los territorios vecinos; creyentes sincerísimos en la revelación evangélica, realizan los boers el ideal de la república á estilo de la de Israel en tiempo de los jueces, y vencerán al Alisteo, ó perecerán todos ellos, como Sansón, bajo las ruinas en que morirán también aplastados los ingleses.

## MONUMENTO A CANOVAS DEL CASTILLO

Con toda solemnidad y asistiendo al acto la Real Familia tuvo efecto el primero del corriente la inauguración de la estatua levantada á Cánovas delante del Palacio del Senado por la iniciativa y el esfuerzo del Sr. Romero Robledo.

La parte arquitectónica ha sido proyectada por el Sr. Grases Riera y el modelado de la estatua y de los atributos conmemorativos que campean en el basamento, son obra del joven y laureado escultor D. Joaquín Bilbao, autor, como ya se recordará, de la estatua de Maese Rodrigo, inaugurada ha poco en Sevilla.

El pedestal es sencillo, descargado de todo artificiooso recurso, y está compuesto de tres cuerpos: un basamento circular sobre el que descansan doce cajoneras destinadas á plantas de adorno; un núcleo cilíndrico con atrevidas salientes, en cuyas plataformas reposan los grupos escultóricos, y la columna esbelta de metro y medio de diámetro, truncado artísticamente el fuste por un collarino, en cuyo friso se leen con letras de bronce la dedicatoria y la fecha de la inauguración.

Sobre este basamento se asienta la estatua de bronce, puesta de pie, en actitud de hablar, extendido el brazo derecho levemente y sustentando con



EL MONUMENTO



SALIDA DE LA COMITIVA DEL PALACIO DEL SENADO

el izquierdo un libro; el parecido es exacto, y la postura muy natural.

En la parte media del pedestal destaca un airoso grupo escultórico compuesto de dos simpáticas figuras: la Historia, que escribe en su libro los hechos memorables del repúblico, y la Fama que le ofrece una corona de laurel como premio á sus méritos.

En el pedestal de la estatua hay colocada una lápida de mármol blanco, que en letras doradas tiene la inscripción siguiente: *«Feti-  
sus del anarquismo murió  
asesinado en Santa Agueda  
el 8 de agosto de 1897 siendo  
presidente del Consejo de  
Ministros; por sus talentos  
y patriotismo mereció el res-  
pcto de sus conciudadanos.*

En la parte opuesta del mismo pedestal va esta otra inscripción, de bronce, en superficie curva, con letras resaltadas y esta leyenda: *«Erigi-  
se este monumento por su-  
cripción nacional y vo-  
luntaria iniciada por el  
Excmo. Sr. D. Francis-  
co Romero Robledo.*

Joaquín Bilbao, scul-  
tor. — José Grases Riera,  
arquitecto.

El acto de la inauguración fué precedido de una sesión necrológica en el Senado, en la cual

el Sr. Romero Robledo hizo el panegirico del que fué por tantos años su jefe



LLEGADA DE LA INFANTA ISABEL



COMITIVA BERRIA



## CAPITALES ESPAÑOLAS: BURGOS

La ciudad del *Cid*, la antigua capital castellana (*Caput Castellae*), fué una verdadera reina en el transcurso de la Edad Media, y de tal le han quedado muchos resabios. Con corte ó sin corte, Burgos es Burgos. Situada en la confluencia del Arlanzon y el Vega, apóyase en una colina, en que tenían su

asiento las antiguas fábricas, alejándose de ella las construcciones modernas. En esa colina se levantaban las fortificaciones de otros tiempos, el palacio de los reyes, erizado de almenas y torreones, las iglesias y mansiones feudales, á cuyo alrededor iba á guarecerse la temerosa democracia.

Con todo, nada subsiste en esta eminencia que sea anterior al siglo XIV; sólo se ven, hoy, huellas de tres reinados: el de Felipe II, el de Carlos III y el de Isabel II.

Con el gran castillo que la domina, presenta Burgos un aspecto eminentemente marcial, á pesar de carecer de murallas; sus puertas no datan más allá del tiempo de Felipe II. La perla de Burgos es la Catedral, y ésta, justo es decirlo, no brilla precisamente como la de Sevilla por el atrevimiento de sus proporciones, ni por su armónica disposición, como la de Barcelona, ni por la graciosa ligereza de sus detalles,

como la de León, ni por altura de sus torres, que *presenta* el *Cid*, según Fernández y González, y á que fueron muy posteriores á sus años; lo que la distingue es la imponente variedad del conjunto.

En la parte exterior mencionaremos la *Puerta de los Apóstoles* donde se ven 12 estatuas colosales de admirable ingeniosidad; la *Puerta Alta*, con tres figuras de gran mérito y las estatuas asentadas en la parte superior de la gran portada.

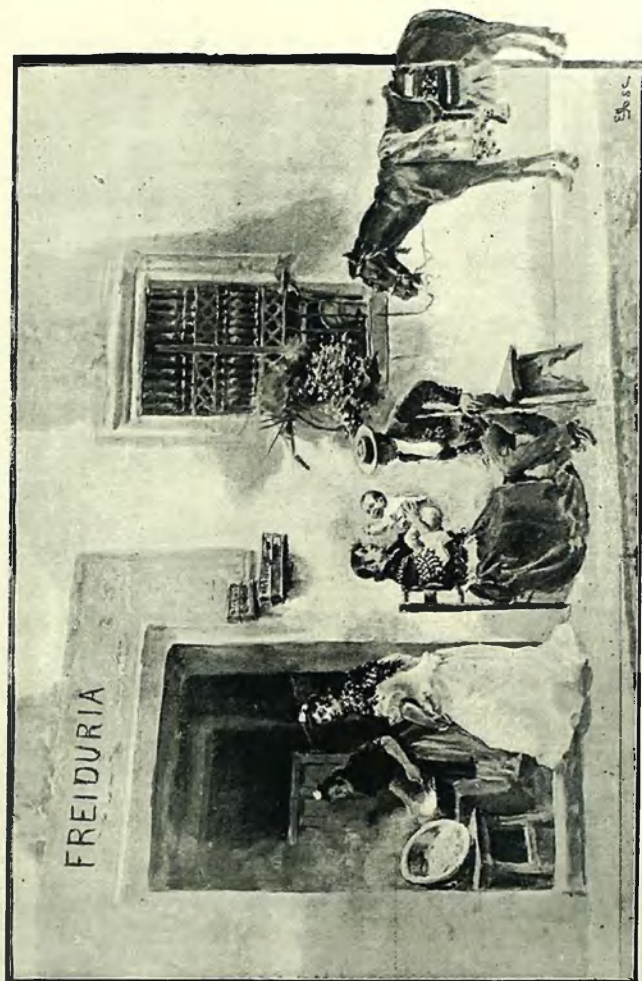
De los diversos frentes del edificio se destacan tres distintas prominencias: las dos torres, piramidales; el campanario del coro, y el de la capilla opuesta, coronado por multitud de agujas de magnífico efecto. La catedral es obra de los siglos XIII, XIV y XV, pero en el interior no se ve nada que corresponda al primero, al paso que figuran los dos últimos y el XVI y XVII. Son de notar los vidrios de colores del rosetón (siglo XV), muy bien ordenados por lo que respecta á las tintas. Como muchas otras ciudades y villas posee Burgos su Crucifijo milagroso, que apareció, según la leyenda, bogando hacia el golfo de Vizcaya, donde lo recogió un mercader que lo colocó en el convento de los agustinos; el Santo Cristo hizo allí tantos milagros, que se creyó un Reverendo Arzobispo en el caso de trasladarlo á la Catedral,



PUERTA DE SANTA MARÍA



VISTA GENERAL



CADIZ: UNA FREIDURIA

# TEATRO REAL

A. CARRERA E. TETRAZZINI DONALANDEZ

CAMPARINI L. PARIS

EGIRARD E. BLANCHARD

Desde que la empresa del Teatro Real pasó á cargo de D. Luis Paris pareció como que se convertía en balsa de aceite aquel mar alborotado y desaparecían los escollos en que invariablemente se estrellaban los que se exponían al riesgo de aceptar el temerario empeño de llegar sanos y salvos al final de la temporada. Gracias á la inteligencia y energía de aquel distinguido periodista todo va ahora como una seda; las temporadas terminan cuando deben terminar y el público tiene la seguridad de poder aplaudir buenos cantantes y de saborear óperas buenas, lo mismo del antiguo que del moderno repertorio; que no es poco decir, en nuestras capitales.





## EL PUENTE

Serpenteando por la montaña bajaba el arroyo á la llanura y por ella se extendía semejando una cinta de plata sobre inmensa esmeralda. No lejos de una de las orillas del arroyo estaba situada la magnífica finca de recreo del Marqués. No lejos de la opuesta orilla se encontraba la barraca de Juan, el labrador. Así que, frente á frente, se hallaban el palacio y la barraca; la riqueza y la miseria. Y parecía que de intento habían levantado el austero edificio cerca de la humilde vivienda del labrador para que aquél saliese vencedor y fuese alabado en odiosa comparación.

Dios que cree la igualdad, por igual cubría con un alegre cielo á la casa del señor y á la casa del plebeyo y por igual las rodeaba de espléndida vegetación.

La hora del *anpuls* sería cuando Pepito, niño de siete años, hijo de los Marqueses dueños y habitantes del palacio, corriendo por los campos llegó á la orilla del arroyo y allí quedó contemplando su delicada figurita reflejada en las aguas. A la opuesta orilla Juanita, hermosa chiquita, hija del intrínseco campesino, moradora de la cabaña. También Juanita se inclinó hacia el arroyo por ver correr las aguas y en ellas se besaron las imágenes del niño noble y la niña plebeya. Al verse así besados los dos, levantaron las rubias cabezas y se miraron en silencio. La niña avergonzada echó á andar, pero el niño más atrevido la detuvo diciendo:

—No te vayas, niña. ¿Quieres que juguemos juntos?

La niña se contentó a lo. Mas existía un gran inconveniente para realizar el proyecto. El arroyo les separaba y aunque era muy estrecho a ellos les parecía anchísimo. Estaban cerca y, sin embargo, no podían reunirse. Ya desesperaban cuando al niño le ocurrió una feliz idea que en seguida pusieron en práctica. Trabajando cada uno desde la orilla en que se encontraba y empleando como materiales piedras y ramaje construyeron un puentecillo.

Cuando estuvo terminado hubo gritos de alegría. Primero pasó el niño por el, orgulloso de su obra; después la niña, luego los dos, uno detrás del otro y juntos jugaron en una de las orillas del pequeño arroyuelo que les había querido separar. Y valiéndose del puentecillo todas las tardes se reunían los dos niños, y cuando terminaba el verano Pepito fue llevado á la ciudad los dos sin sentir pena. ¡Habían llegado á quererse tanto! En verano sucesivos construyeron nuevos puentes que les permitían jugar juntos. Cada año que pasaba aumentaba el cariño que los niños se profesaban. Cada nueva despedida les costaba más lágrimas que el anterior. Llegó una época en la que dejaron de verse por espacio de algunos años. Mientras Juana se dedicaba á las tareas del campo, Pepito completaba sus estudios en Alemania.

Juana ha cumplido veinte años. Es una moza fuerte, robusta, de ojos grandes y rostro de agradable belleza. Pepe es un hombre hecho y derecho. De nuevo se encuentra en España y por primera vez, después de su regreso en la magnífica finca de recreo. Pepe, el señor Marqués, como ya le llaman los campesinos, se encuentra el mismo día de su llegada al arroyo que serpenteando por la montaña baja a la llanura y por ella se extiende semejando una cinta de plata sobre inmensa esmeralda. El sol se ha ocultado detrás de las cimas de las montañas cuando llega Pepe junto al arroyo. En la opuesta orilla y sentada sobre la hierba está Juana. Pepe la llama: —Juana, Juana!

Y la campesina al ver a su amigo de la infancia no puede reprimir un grito de alegría. Después avergonzada, con las mejillas coloradas, baja la vista. Pepe de un salto cruza el arroyo y sentándose junto á Juana le habla en voz baja. Recuerda el joven los felices tiempos en que jugaban juntos; después habla de lo cruel que fue para él la separación de tantos años; y bajando más la voz, temeroso de que le oiga algún extraño en un lugar en el que los dos están solos, dice á la hermosa moza palabras de amor, de un amor vehemente. Juana no responde, no puede; está llorando.

—¿Por qué lloras?—la pregunta Pepe.

—¡Lloro porque esos amores yo pueden ser. Usted es rico yo pobre; usted es Marqués y yo la hija de un labrador y á mi padre le he oído decir muchas veces que nunca podríamos alternar con los señores del palacio. Y es verdad señorito Pepe, que si de pequeños nos separaba este arroyo, ahora de mayores nos separa una hondonada, un honda, ¡un honda que nos ve el fondo!

—Escucha Juana; no llores y escúchame. Cuando niños nos separaba este arroyo, es verdad, más ¿no recuerdas que trabajando tú desde esta orilla y yo desde aquella construimos un puentecillo que nos unió? Hoy es un abismo el que nos separa; el que separa á los pobres de los ricos y á estos de aquéllos, pero nosotros, á semejanza de cuando éramos niños, hemos construido un puente que cruzando el abismo nos une. ¿Quieres saber el nombre de ese puente? Se llama Amor.

Y el Marqués y la campesina abrazados miran al cielo que se cubre de estrellas como si quisiera regalárselo para celebrar la fusión de dos razas que el abismo distancia y el sublimis puente Amor une.

Joaquín AZNAR



# SI ME ESTOY RIENDO

Que tienen que ser alegres,  
me han encanecido, estos versos;  
alegres por el asunto,  
alegres por los conceptos,  
alegres por las palabras,  
las comas, puntos y acentos,  
empezando por las letras  
que van de bailar el jaleo;  
todo alegre, todo alegre  
desde el título hasta el metro;  
alegre cual la fortuna,  
alegre cual el requiebro,  
alegre como a las Pascuas,  
alegre como un pandero...  
¡Cielo santo! ¡qué difícil!  
¡qué difícil vá a ser esto!  
Ponerse uno alegre, cuando  
Está... está muriendo  
por la ambición del que manda  
y el abandono del pueblo;  
cuando hemos perdido todo,  
cuando bien recientes sucesos  
que aun están manando sangre  
y aun castigo están pidiendo,  
desde la hacienda y los hijos  
hasta el honor ¡que es primero!  
¿Qué dice! ¿Qué me aconseja?  
No tal; ¡si me estoy riendo!  
Ponerse uno alegre, cuando  
es letra muerta el Derecho  
y el ciudadano no tiene

más amparo ni respeto  
que el sueldo de sus fuerzas  
y la ley de su dinero,  
razón por la cual los débiles  
y los pobres van sujetos  
al trinquinal del tirano  
como lotas de otros tiempos;  
cuando la farsa se premia  
en vez de premiarse el mérito  
y el judío se enriquece  
y sucumben los obreros  
y se paga al agiotista  
y entre chulos, cantaores,  
prostitutas y toreros  
se fomenta la ignorancia  
en tan alarimantes términos  
que este es el país de Europa  
donde hay más analfabetos...  
¿Qué dice! ¿Que esto no sirve?  
¡Jómbres; si me estoy riendo!  
Ponerse uno alegre, cuando  
tiene aconsejado el pecho  
por tantísima desgracia  
y tantísimo atropello,  
por tantísima vergüenza,  
por tantísimo desdoro;  
cuando trabaja a destajo  
con escaso rendimiento  
y no vé en el horizonte  
luz que oriente sus anhelos,

ni hay esperanza que impulse,  
ni fe que nos preste alientos,  
ni caridad que proteja,  
ni virtud, ni amor sincero;  
cuando se encuentra abatido  
y si a mano viene enfermo,  
solo, triste y olvidado  
sin hogar y sin dinero...  
¿Dice usted que no le sirve?  
¡Jajá... ¡si me estoy riendo!

EL SASTRE DEL CAMPILLO

